



MUNDO, DEMONIO Y CARNE.

I.

BODA EN PERSPECTIVA.

Se hablaba mucho en el mundo, de cierta boda ruidosa que estaba á punto de verificarse entre un joven espléndido y una rica heredera. Los periódicos habían anunciado el suceso, y aunque nada tenía de extraordinario, era la novedad del momento, y corría de boca en boca. Había, pues, un gran *trousseau* en perspectiva, y fiestas deslumbradoras, dignas del lujo oriental de las *Mil y una noches*.

En efecto: los que parecían mejor enterados, sabían de buena tinta que los novios iban á echar la casa por la ventana en celebridad del matrimonio, para lo que se hacían preparativos verdaderamente regios. Las noticias más seguras prometían maravillas, circulando en voz baja, pues para mayor seguridad del éxito se guar-

daban acerca de los pormenores las mayores reservas.

Únicamente se sabía, y esto en secreto, que la boda debía verificarse en la soberbia quinta que el padre de la novia poseía á algunas leguas de Madrid contigua al camino de hierro; que habría para los convidados y para los curiosos trenes especiales de ida y vuelta, con gran rebaja en el precio de los billetes; que el hospedaje en la quinta sería suntuoso, y por si acaso los aposentos del edificio no eran bastantes á contener cómodamente á la concurrencia, se preparaban *sotto voce* tiendas de campaña, dispuestas con todo el *comfort* apetecible.

En ocho días se había fijado el periodo de las fiestas, que serían anunciadas de un momento á otro, razón por la cual las gentes visibles hacían apresuradamente sus preparativos de joyas y vestidos para figurar dignamente en ellas.

De estos ocho días se contaban prodigios. El programa no aparecía aún en el orden en que habían de verificarse los espectáculos; pero así, en detall, se sabía todo. Habría carreras de caballos y ejercicios ecuestres, cacerías en los bosques, paseos en los lagos, y conciertos en los jardines, salón de juego y sala de armas, tiro de palomas y tiro de pistola, comidas campesines y fuegos artificiales.

Durante la noche se iluminarían como por

encanto los lagos, los bosques, los jardines y los salones. Bajo la cascada del lago grande se establecería un foco de luz eléctrica que debía producir un efecto mágico. La luz, ingeniosamente dispuesta, imitaría alternativamente la claridad del día que amanece á los reflejos del sol que se pone, y el agua caería formando una triple cascada de plata, de oro y de fuego. La capilla no se abriría más que el momento preciso para que los novios recibieran la bendición nupcial, y en la biblioteca se establecería el *bouffet* permanente.

La concurrencia pasará ocho días deliciosos de sorpresa en sorpresa, y apenas tendrá tiempo para gozar de la variedad de los espectáculos que se preparan. Los convidados se despertarán todas las mañanas al eco de músicas lejanas, que llenarán el aire de alegres acentos. Se cuenta con las cuatro partes principales, la orquesta y el coro del teatro de la Ópera.

Como hay que atender á todas las aficiones y á todos los gustos, se anunciaba muy formalmente una lucha de fieras, para cuyo fin se había escrito ya á un famoso domador que poseía la colección más completa. También se preparaba una corrida de toros, en la que lidiarían con todas las reglas del arte los jóvenes más distinguidos de la buena sociedad, formando una ilustre cuadrilla dirigida por Lagartijo.

Se contaba también con Arderius, que debía llevar una compañía escogida de lo más exquisito que se ha visto funcionar en el teatro de los Bufos, para la representación de las piezas más aplaudidas, esto es, lo más selecto del género. Habría, pues, *can can* superior, *can can* monstruo, capaz de alegrar un entierro y resucitar á un muerto.

No paraban aquí los anuncios de las sorpresas que se preparaban. Así, á media voz, y como quien no quiere la cosa, se dejaba traslucir la idea de una colección de cuadros vivos, proyecto que guardaban en cartera varias bellezas de primer orden, aficionadas á dar vida á las obras maestras del arte con todos los encantos de sus personas.

Pero no había de consagrarse todo al placer de los sentidos y á las realidades de los apetitos; era preciso dedicar algo al espíritu, y se había ocurrido la idea de celebrar un par de sesiones de espiritismo.

Como se ve, la imaginación no tenía nada que pedir al esplendor de la boda. Los convidados y los curiosos iban á pasar ocho días memorables en los fastos nupciales. Madrid se despoblaría, sería invitado el cuerpo diplomático, porque este cuerpo sin alma es indispensable en las grandes fiestas, como verdadero artículo de lujo.

Después de consumado el matrimonio, los novios irían á pasar la luna de miel á la India, buscando en las pintorescas regiones del Asia Central los mejores auspicios á su posteridad, allí donde estuvo la cuna del mundo; y el invierno podrían pasarlo muy bien en el Polo Norte, que es donde se encuentran los grandes inviernos.

Calcúlese si se hablaría del asunto en todos los círculos. La boda era el platillo de todas las conversaciones, y las gentes se hacían lenguas no hablando de otra cosa.

La crisis ministerial, puesta sobre el tapete en aquellos días, había perdido toda su importancia ante el acontecimiento nupcial que se venía encima. Mientras los fondos públicos se cotizaban á doce, las noticias referentes á los por menores de la boda adquirirían un valor extraordinario.

Bien podían desgañitarse en los escaños de ambas Cámaras los oradores más famosos, pronunciando discursos de sensación, porque el público, preocupado con las fiestas de la boda, les volvía la espalda, exclamando: «¡Hum.... charlatanes!» Ni la guerra de Europa, ni el triunfo definitivo de la Internacional, ni el mismo terremoto de la Martinica, habrían conmovido á la multitud suspensa ante la perspectiva que presentaban las bodas de la rica heredera.

Por la fuerza analógica de la denominación, *La dulce alianza* obtuvo en pocos momentos un crédito fabuloso, y un joyista, oscurecido hasta entonces, realizó de golpe todas sus existencias poniendo sobre sus empolvados anaqueles este letrero irresistible: «Al anillo nupcial.» Á la vez, las corbatas abandonaron repentinamente los caprichos de sus nudos para formar lazos conyugales, y hasta la repostería inventó una crema fantástica con el nombre de «suspiro de novia.»

Más aún: los poetas sintieron el influjo de una nueva inspiración, y las Doloras de Campoamor tuvieron que ceder su puesto al furor de los himnos epitalámicos. Por último: los vendedores de fósforos no tenían manos para despachar cajas con el título de «Antorcha de himeneo.»

No se hablaba, pues, de otra cosa: las fiestas destinadas á celebrar las bodas de la rica heredera formaban, por decirlo así, la atmósfera que se respiraba, porque el mundo estaba lleno de los fulgores de la boda mucho antes que los envidiados novios estuviesen unidos para siempre. Así se celebraba de antemano el fausto, no lo fausto del suceso.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
II. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA CARTA.

EN TRE tanto, el dichoso mortal destinado á entrar con tanto ruido por las puertas del matrimonio, gozaba de su celebridad con la tranquilidad de conciencia con que cualquier hombre honrado disfruta la posesión de aquello que legítimamente le pertenece. Llegaban á sus oídos los rumores con que la fama llenaba el viento de la publicidad, y aquel *rum rum* de asombro anticipado á los prodigios que iban á realizarse, formaba á sus oídos la sinfonía más agradable del mundo.

Influído por esa parte de vulgo que todos tenemos, descendía de las alturas de su fortuna, y, confundiéndose con la multitud que repetía su nombre, se admiraba á sí mismo. Dudoso alguna

vez de tan próspero destino, acudía al espejo buscando en la inestabilidad de la imagen la identidad de su persona. Allí, delante del cristal en que se dibujaba, se reconocía, y, frotándose las manos en íntimo aplauso, exclamaba diciendo:

— ¡Ah! ¡Ese soy yo!

Y no se veía como una simple figura humana estrictamente reproducida por la luna del espejo, sino que se contemplaba rodeado de luz, envuelto en una atmósfera brillante, que flotaba á sus pies como una nube y envolvía su cabeza como una aureola. Se creía en presencia de un ser superior, y con la sonrisa en los labios se inclinaba ante sí mismo.

El lujo con que estaban vestidas las habitaciones de su casa aumentaba el prestigio de estas apariciones, realzando la magia con que el cristal dibujaba los contornos de su persona.

En una de estas contemplaciones vió deslizarse por detrás de su imagen una sombra que oscureció la claridad del espejo y disipó la aparición de la misma manera que se disipa el humo en el aire, y, como el que despierta de un sueño profundo, se encontró manos á boca con su ayuda de cámara, que, con una sonrisa casi imperceptible, le presentaba una pequeña bandeja de plata, sobre la que se veía una carta.

Levantó la mano y señaló con el dedo una mesa cubierta con un rico tapiz de Persia, y el

criado dejó la carta sobre la mesa, y salió de la estancia guiñándose el ojo izquierdo.

Poco después la carta pasó de la mesa á las manos del futuro marido de la rica heredera. Antes de abrirla examinó el sobre, que correspondía por todas sus circunstancias á la persona á quien iba dirigida; pero la letra del sobrescrito era sumamente inglesa y de una corrección admirable; á media legua olía á escritorio. En cuanto al papel en que estaba escrita la carta, era de pliego grande azul rayado, papel de libro de caja, de ese en que extienden sus facturas y sus cuentas las casas de comercio.

No pudo disimular un gesto de desdén, y, por el movimiento de la mano, es seguro que tuvo intención de arrojar lejos de sí aquel papel mercantil; pero, antes de condenarlo á su soberano desprecio, buscó la firma, y al verla varió completamente de pensamiento. ¡Ya se ve! Era la firma del opulento banquero, del padre de la rica heredera, la firma original de su futuro suegro.

Sin duda le daba cuenta de los preparativos hechos para el mayor esplendor de la boda, y fijaba el día en que habían de echarse las campanas á vuelo.

Irguió la cabeza ante la próxima realidad de su dicha, y leyó lo siguiente:

«Mi buen Elías: Se acerca el momento en que

podré dar á V. el dulce nombre de hijo. Ningún obstáculo se opone á esta unión, porque entre nosotros no podían suscitarse nunca esas miserables cuestiones de maravedises á que el mundo da tanta importancia. Celia es mi hija única, y, por consiguiente, mi única heredera. Mas hay que pensarlo todo: la vanidad es el demonio favorito de las mujeres, y conviene no dar pábulo á esa debilidad, que suele ser funesta. Ella sabe que es millonaria, porque yo, loco de mí, no he pensado nunca en ocultárselo.... Ahora que su felicidad es todo mi pensamiento, creo que he sido poco prudente. V. es sumamente delicado, y yo sería el hombre más ligero del mundo si no hiciera justicia á las nobles susceptibilidades de su carácter, y, pensando en todo, me ocurren algunos temores relativos á la futura paz del matrimonio.»

Hasta aquí llegaba la primera página de la carta, y antes de volver la hoja, Elías se pasó la mano por los ojos, como si no viera con bastante claridad la hermosa letra de la carta. Luego siguió leyendo:

«El equilibrio, querido amigo, es el secreto en el cual consiste la estabilidad de todas las cosas, y en las intimidades de la vida conyugal es indispensable. Vea V.: hoy mismo, el problema que tiene en expectación á los grandes capitales es el equilibrio europeo. Ahora bien: ¿doto á

mi hija con la suma total de los bienes que poseo?... Esta sería mi determinación, pues para mi habitual sobriedad bien poco necesito; pero debemos atar todos los cabos. Mi hija es un tanto voluntariosa, y puede llegar un día en que le eche á V. en cara el exceso de su riqueza. Yo sé que V. no lo sufriría, y las consecuencias serían incalculables. ¿Qué hacer? ¡Ah! ¡Es tan ingenioso el cariño de un padre! He aquí el sacrificio que hago en aras de su felicidad. La carta dotal de Celia representará un valor equivalente al de los bienes que V. aporte al matrimonio. No debe ser más; pero yo no puedo consentir que sea menos. Avise V., pues, á su administrador para que me facilite una nota del capital de que V. dispone. Conozco la rigurosa exactitud del hombre á quien tiene V. confiada la administración de sus rentas, y estoy seguro de que no consentirá que V. disminuya el verdadero valor de su patrimonio por un rasgo de delicadeza que aplaudiría, si no me ofendiera.»

Así terminaba la carta del futuro suegro, cuya lectura dejó á Elías cabizbajo y pensativo. Encontraba en el fondo de este raro documento tanta oscuridad, que andaba á tientas por el laberinto de sus frases, sin encontrar salida. Perdido su pensamiento en las encrucijadas de la carta, sintió de repente que un abismo se abría delante de sus ojos. Era más que un abismo,

era un sepulcro; más que un sepulcro, era una caja vacía.

Hasta entonces no había pensado en el estado verdadero de su patrimonio, y al querer sondear las tinieblas de su bolsillo, le asaltaban temores que nunca había conocido. Las sumas invertidas en los fastuosos despilfarros de su opulencia, se le representaban bajo formas grotescas que lanzaban á su rostro atónito todas las muecas del escarnio. Enanos de enormes cabezas danzaban á su alrededor, al mismo tiempo que vaciaban con manos invisibles cántaros llenos de oro en pozos sin fondo, á la vez que abrían sus bocas desgarradas formando en el aire sucesiones de ceros.

Hacía esfuerzos inútiles por desvanecer la visión que llenaba sus ojos, porque se resistía, ni más ni menos que si estuviese dotada de una realidad invencible. La veía al través de los párpados, y si se cubría los ojos con las manos, la veía al través de las manos.

La visión se alejaba poco á poco, disminuyéndose allá en el fondo de una perspectiva sin límites, y en el momento en que parecía pronta á extinguirse, renacía de nuevo con rasgos más vivos y con pormenores cada vez más tenaces.

Á todo esto la carta del Banquero flotaba sobre aquella nube de cabezas informes, agitando sus dos hojas como dos alas, y cerniéndose so-

bre la frente del futuro marido de Celia como el águila sobre su presa; lo miraba y se sonreía, sin que él acertara á explicarse con qué ojos puede mirar una carta, y con qué boca puede sonreirse.

¿Duró mucho tiempo el espectáculo de esta escena increíble? No se sabe... Acaso un minuto, acaso un siglo. Tal vez las dos cosas á un mismo tiempo, porque hay instantes que contienen siglos. La eternidad no es más que un instante siempre presente.





III.

EL ESPECTRO.

SEA como quiera, ello es que al fin salió del mundo de las ilusiones, y decidió averiguar hasta qué punto era una realidad su opulencia, porque empezaba á temer que al tocarla con sus manos, iba á desvanecerse como un fantasma. ¿Habría sido el esplendor de su vida una vana apariencia? ¿Estaría todo ello reducido al encanto de un sueño, del que era preciso despertar? Aquellos salones suntuosos enriquecidos por el lujo y por el arte; aquellos magníficos trenes que hacían temblar la tierra, como el carro de Júpiter, al rodar por el empedrado de las calles; aquel manantial de oro que continuamente brotaba de sus manos, ¿no serían más que bellas mentiras?... Entonces, ¿qué podía ser verdad en el mundo?....

Discurría así, contemplando con ojos inciertos el oráculo que había de descifrar el enigma.

No me atreveré á decir que el oráculo era un hombre de carne y hueso, porque el administrador á quien Elías tenía confiado el manejo de sus rentas carecía de las vanas exterioridades de la carne. Como hombre verdaderamente positivo, sólo había conservado en la liquidación de su persona la parte sólida. Desde luego se advertía en el conjunto de su ser la rigidez del guarismo; era una suma viva, un número de huesos anatómicamente colocados en un saco humano.

La frente del administrador habría sido estrecha en sus primeros tiempos; pero poco á poco fué invadiendo los dominios de la cabeza, y ya podía tomarse como una frente espaciosa. Dos patillas rectas se descolgaban desde las sienas con ciertas pretensiones inglesas, marcando la estrechez del semblante y la seriedad de su longitud. En cuanto á los ojos, las pupilas se escondían en la profundidad de las cuencas, ni más ni menos que pudieran hacerlo dos monedas en el fondo de dos bolsillos. Por triste que fuese la índole del espíritu que lo animaba, alguna vez encontraría ocasión en el mundo para reírse; mas su risa debía ser interior, de puertas adentro, en razón á que la boca no tenía espacio en que extenderse. La hilaridad, pues, se halla-

ba contenida en el fruncimiento de sus labios, de la misma manera que el muelle está contenido dentro del resorte. Se puede decir, que no tenía cara para la risa.

En el aire exterior de su persona se notaba la atmósfera lóbrega y fría de los subterráneos: un termómetro puesto bajo su influencia habría bajado á cero. Sus movimientos carecían de espontaneidad, parecían sujetos á un verdadero rigor automático; no se desperdiciaba en ellos nada de esa movilidad que en España derrochamos y que en Inglaterra se economiza: era, en este punto, un inglés que no hablaba más que con la boca.

Frente á frente de Elías formaba un contraste que saltaba á la vista, porque el afortunado mortal destinado á recoger la herencia del Banquero, era el reverso de la medalla. El calor de la juventud aumentaba en él la expresión que da el calor de la vida; sus ojos pardos, medio adormecidos por el sueño de los placeres en que vivía, relampagueaban de vez en cuando, como esos vapores lejanos que anuncian las tempestades. Su fisonomía, movable como la superficie de un mar agitado, expresaba de continuo la diversidad de afectos que pasaban por su alma.

Realmente en uno y otro se encontraban las líneas geométricas que forman la figura humana;

pero ; qué diferencia ! Surgía entre ellos la misma distancia que hay entre el bullicio del mundo y la soledad del sepulcro. Eran un hombre y un cadáver : el primero vivía ; el segundo se sobrevivía. En la geometría hemos encontrado el único punto de semejanza exterior que los acercaba , y sin salir de la ciencia de las cantidades, podemos hallar la diferencia interior que los alejaba. Eran, uno la fantasía del álgebra , y el otro la precisión de la aritmética.

Se contemplaban mutuamente guardando entrambos un profundo silencio. Elías, absorto, porque nunca la figura de su administrador le había parecido más cadavérica , y se creía en presencia de un espectro ; el espectro, porque era de suyo sombrío y silencioso.

Al fin Elías le señaló una magnífica butaca de terciopelo de Utrecht, y el espectro se sentó, como obedeciendo á la presión de un resorte, y haciendo crujir sus huesos al sentarse. Después le presentó la carta del Banquero, y el administrador alargó su brazo descarnado y la cogió con dos dedos, lo mismo que hubiera podido cogerla con unas tenazas.

La leyó con semblante impasible , y , después de leída , arqueó las cejas en señal de muda admiración , diciendo con voz sepulcral :

— Exacto.

— Bien (añadió Elías , mirando con indife-

rencia las molduras del techo). Hay que facilitar la nota que se pide.

— La nota (murmuró). Es inútil.

— ¡ Inútil !... ¿ Por qué ?...

— Porque la liquidación no arroja más que ceros.

— ¡ Ceros !... — exclamó, clavando sus ardientes miradas en las cuencas vacías del espectro.

— Ceros, — repitió éste como un eco.

— Es decir (preguntó) : ¿ estoy arruinado ?

— Exacto, — le contestó, añadiendo un pliegue más al fruncimiento habitual de su boca.

Elías se puso de pie, y dió un paso hacia su administrador con todo el aire de una tempestad ; pero se detuvo, y cruzando los brazos, dijo :

— Y bien. ¿ Podré yo saber cómo ha sido esto ?

La respuesta del administrador fué extender sobre la mesa una liquidación empedrada de números, que aparecían encerrados en casillas , y formados en columnas.

Á los ojos de Elías el cuadro de aquella liquidación tomó inmediatamente formas fantásticas. Cada una de las cifras que tenía delante representaba restos mortales de cantidades muertas ; cada guarismo era un cadáver que se levantaba como evocado por un conjuro ; cada casilla un nicho ; los guarismos se convertían en letras , y las letras formaban epitafios : « *Aquí yacen treinta*

mil duros, aquí sesenta mil, aquí cien mil. » Por todas partes veía los despojos fúnebres de una riqueza que se había tragado la tierra. Aquello no era una liquidación, era un cementerio.

Y, sin embargo, allí mismo, en presencia de la realidad de aquellos lúgubres dominios de la muerte, veía surgir el fugitivo fantasma de la vida. Por una parte se le representaban los afa-nes, las inquietudes, el trabajo de muchas generaciones acumulando el caudal de toda aquella riqueza que había venido á parar á sus manos. Por otra parte veía levantarse la visión de los placeres y al fausto de los vicios y de las disipaciones en que había consumido en unos pocos años el producto reunido á fuerza de tanta paciencia y de tanto tiempo. En sus manos acababa de espirar toda la herencia de sus padres; había necesitado, para vivir los breves instantes de su opulencia, la vida de muchas generaciones.

— ¡ Ah! (exclamó, fijando en el administrador sus miradas desoladas.) ¡ Estoy arruinado!

— Arruinado (contestó el espectro, con la misma voz con que la muerte hablaría á un moribundo). Los excesos de los gastos sobre los productos de las rentas han ido mordiendo en el capital hasta que lo han devorado.

— No lo sabía.

— ¡ Hum!... (replicó el administrador.) Las cuentas hablan.

— No las he visto, — insistió Elías, queriendo apartar de sí la responsabilidad de su ruína.

Aquella especie de sombra humana que acababa de abrir sobre el rico tapiz que cubría la mesa el abismo de una liquidación tan desastrosa, se levantó de la butaca como un muerto de su sepultura, se inclinó delante de Elías, presentándole la desierta redondez de su calva como si quisiera arrojar á su rostro el último cero, y deslizándose por la mullida alfombra que cubría el pavimento, desapareció detrás del soberbio cortinaje que cubría la puerta. Cortinaje suntuoso, que brillaba en aquel momento á los ojos de Elías como una burla de su destino, como los harapos de su lujo, como la mortaja en que se envolvía el cadáver de su opulencia.

Apenas se vió solo, lanzó á su alrededor miradas furiosas, como quien busca una víctima, y no encontrando ninguna digna de su enojo, se precipitó sobre la mesa, en la cual negreaban, resaltando en la blancura del papel, los guarismos inexorables que daban testimonio de su ruína. Allí alzó el puño y lo dejó caer sobre la mesa con todo el ímpetu de su ira. La caoba crujió bajo el peso de tan tremendo golpe; rechinaron los cristales estremecidos; tembló el pavimento, y el artesonado del techo se bamboleó como si fuera á desplomarse.

Al mismo tiempo las cortinas que cubrían la

puerta se entreabrieron, y la imagen del espectro apareció de nuevo.

Quiso Elías lanzarse sobre ella; pero sintió en sus pies un peso enorme que sujetaba sus pasos. En cambio la imagen pavorosa que tenía delante se le iba acercando, haciendo crujir sus huesos al escurrirse sobre la alfombra.

Se encontraban frente á frente, y tan cerca, que Elías recibía en su rostro la respiración helada de aquel cadáver mudo y silencioso que parecía complacerse en provocar su ira.

Entonces tendió los brazos para deshacerlo entre sus dedos; pero las manos, encadenadas por una fuerza invisible, cayeron desfallecidas.

Quiso hablar, y no pudo, porque la voz salió de su boca sin sonido, sus ojos se oscurecieron, intentó retroceder, y cayó desplomado.

En medio de la oscuridad que lo cegaba, veía la imagen del espectro que se inclinaba sobre él con aire victorioso, como el vencedor sobre el vencido.

Después de un momento de muda contemplación, el vencedor, implacable, alargó el brazo y puso el dedo sobre la frente de su víctima. Elías se estremeció; cerró los ojos, y sintió circular por sus venas el frío de la muerte.



UN PLAZO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
IV. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

A todo esto, era preciso presentar la nota pedida por el Banquero, ó renunciar á la mano de su hija, porque es de presumir que el famoso millonario no habría de entregar la mano de su heredera á un hombre que no tenía sobre qué caerse muerto. Acerca de este punto, ya sabemos por su carta que consideraba como fatal auspicio para la felicidad del matrimonio que Celia excediese en bienes de fortuna á su marido. Y vaya V. á sacar de la cabeza de un padre millonario la idea de que su hija va á ser la mujer más desventurada de la tierra con cinco ó diez ó quince mil duros más de renta.

La alternativa que se presentaba no podía ofrecer duda alguna; la boda tan ruidosamente anunciada estaba deshecha. El mundo no perdonaría fácilmente este chasco dado á su credulidad, y

33851

pediría una víctima en compensación de los goces de que había sido alevosamente defraudado.

La víctima se hallaba señalada de antemano; no podía ser más que Elías; Elías, que había derrochado alegremente todo su patrimonio en los placeres del mundo. El castigo en estos casos es siempre el mismo: la víctima pasaría por el tormento de ser desollada viva en todos los círculos, y en esta ocasión podemos decir en todos los círculos.

¿Han pensado Vds. alguna vez acerca del horror que inspira el verdugo?

Á Elías no podía ocultársele lo terrible de su situación, y al verse arruinado, se declaró sencillamente hombre muerto. Pensando detenidamente acerca del caso que la cuenta le presentaba, no veía realmente en la pobreza más que una forma de la muerte; la muerte, pero sin morir; se consideraba más que muerto, porque iba á ser enterrado vivo. Su alternativa era esta: ó morir, ó enterrarse.

Consideraba la pobreza como la sepultura de los que mueren y continúan respirando por una mera tenacidad de los pulmones, y la sola idea de la miseria le crispaba los nervios. Pasar de rico á pobre era á sus ojos pasar de una vida á otra, del mundo en que se vive al mundo en que se muere.

Hacía veinticuatro horas que daba vueltas en

su pensamiento á todas estas consideraciones, pensando y midiendo las dificultades de su situación, como hombre que no quiere partir de ligero; porque, después de los primeros arrebatos de su cólera, había sucedido la calma, serenándose su espíritu como se serena la atmósfera después de la tempestad, y, quieras que no quieras, empezaba á mirar la crueldad de su destino con cierta frescura.

Por dentro iría la procesión; pero su semblante no descubría las agitaciones de su ánimo. Acababa de almorzar con su apetito ordinario, y saboreaba las dulzuras de un soberbio habano, cuyo humo sustancioso se elevaba en el aire formando sobre su cabeza ondas azules.

No se puede decir que rebosaba en su semblante el regocijo del hombre á quien le ha caído la lotería; pero tampoco podía colegirse, por la expresión del rostro, que se hallaba con un pie en el sepulcro.

Hablando consigo mismo, se decía:

—Bueno. En la imposibilidad de sustraerme á la miseria que me amenaza, no encuentro más recurso que dar media vuelta, y desaparecer de la vida. Sepultura por sepultura, prefiero aquella en que todo desaparece y todo se olvida. De cualquier modo, el mundo ha de desollarme, y puesto que está en mi mano elegir, elijo que me desuelle muerto.

Parecía satisfecho de la precisión de sus conclusiones, y aun admirado del juicio con que discurría en asunto tan grave. El suicidio se le presentaba como la solución más razonable, pues en el círculo en que se veía encerrado no encontraba más salida que la muerte.

—¡La muerte! (exclamaba.) Ciertamente, no es una cosa agradable dejarse la vida cuando parece que todo nos convida á vivir; cuando ya, digámoslo así, se ha acoplado uno en ella, y se siente con fuerzas para ir tirando hasta la consumación de los siglos. Por otra parte, la idea de aniquilarme por mi propia mano envuelve una ingratitud horrible. Yo me he tratado siempre bien; me he proporcionado placeres, satisfacciones, todo cuanto puede hacer amable la vida, y en cambio, ¿es ese el pago que voy á darme?

Una nube de humo se escapó de su boca entreabierta; la siguió con ojos distraídos, y luego que la vió desvanecerse, siguió ditiendo:

—Después de todo, la cosa no merece pensarla tanto; ello al fin no es más que un momento: ser y no ser.... Poco á poco; eso de no ser, me parece bastante oscuro.... ¿Qué habrá al otro lado del sepulcro?.... ¡Demonio! Me iba tan bien en esta vida, que no he pensado un momento siquiera en la otra. Es un viaje intempestivo. ¿Qué he de hacerme yo allí, en un

país desconocido, sin amigos, sin relaciones, sin conocer los usos y las costumbres, sin tener la más ligera noción del idioma?... ¡Ah! ¡Voy á hacer un papel muy triste!

Esta última reflexión parecía que pesaba mucho en su ánimo, pues recogió una gran bocanada de humo y se quedó pensativo.

Sin embargo, después de algunos instantes de meditación, alzó la voz, y dijo:

—Es preciso morir.

Inmediatamente se preguntó:

—¿Cuándo?....

En el acto se contestó, diciendo:

—Pronto.

Faltaba un pormenor; á saber: qué género de muerte había de elegir para poner término á su vida. Acerca de este punto experimentaba cierta perplejidad; no sabía á qué carta quedarse. Se le presentaban tantas maneras de resolver el caso, que dudaba cuál de ellas sería la mejor. ¡Oh terrible crueldad de su destino! ¡Se veía obligado á elegir él mismo el género de muerte que había de poner fin á sus días!....

Un nuevo pensamiento debió agitar su espíritu, porque abrió ansiosamente los ojos como el que ve algo inesperado, exclamando al mismo tiempo:

—¡Ah.... Celia.... Celia!....

El acento con que pronunció el nombre de la hija del Banquero, revelaba una emoción profunda.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apt. 2025 MONTERREY, N.L.

— ¡Qué cosas se ven (dijo) desde los umbrales de la muerte! Jamás Celia me ha parecido tan hermosa como en este momento.... Las miradas de sus ojos negros penetran en mi alma, llenándolo de dulzuras inexplicables.... Hasta ahora no había comprendido todo el encanto que se encierra en sus sonrisas.... Me parece que no la había visto antes. Siento que su imagen se levanta en el fondo de mi corazón; oigo su voz que me llama, y veo que me tiende su mano como si quisiera detenerme en el borde del sepulcro abierto delante de mis pies.... ¡Oh Celia.... Celia!.... ¡Esta vida te pertenece!.... ¡Ahora lo conozco, ahora que no acierto á separarme de ella!.... ¡Qué valdría para mí si no fuese tuya?... Morir es alejarme de ti, condenarme á una ausencia eterna.... Los recuerdos de este amor que tú sola has sabido infundirme, se apagarán al fin en tu memoria.... ¡Se olvida tan fácilmente á los muertos!.... Pues bien : viviré; tu olvido sería para mí mil veces más cruel que la muerte.

Al pronunciar las últimas palabras, se irguió, tomando la actitud del atleta que va á sostener una lucha formidable. Y con la cabeza echada hacia atrás, los brazos extendidos y la mirada fulminante, parecía desafiar al mundo entero.

La belleza de su figura recordaba á Apolo, y la firmeza de su actitud descubría á Hércules. Es-

taba á la vez hermoso y fiero; la hija del Americano, al verlo, habría encontrado bastante motivo para envanecerse de aquella pasión de última hora.

Mas pronto se aflojó la tirantez de sus músculos, se apagó el fuego de sus ojos, y, cruzando los brazos y doblando la cabeza, volvió á repetirse estas tristes palabras:

— Es preciso morir.

Luego, echando las manos á la espalda y balanceándose sobre las piernas, dijo:

— ¡Bah! Solamente el demonio sería capaz de sacarme de este atolladero. Dicen que es un personaje bastante listo, poco escrupuloso, y que suele servir á los amigos. ¡Ah, caballero! Si V. tuviera la bondad de entenderse conmigo, puede ser que hiciéramos un buen negocio. Pero sospecho que ha de ser V. una de tantas repulaciones usurpadas; cualquiera hombre de nuestro siglo le da á V. cien vueltas en menos de un minuto.

Dicho esto comenzó á pasearse de un extremo á otro de la estancia en que se hallaba, y transcurridos algunos minutos de silencio, se detuvo diciendo:

— Ea, está visto; no me queda ni el recurso del demonio. Vamos; el demonio es un pobre diablo.

Hecha esta observación, se llevó el dedo á la

frente, como si se quisiera detener en su cabeza algún pensamiento fugitivo, y añadió:

— Vamos despacio. En realidad, no tengo una gran urgencia de matarme. La nota de mis cuantiosos bienes no es cosa que se hace en un día. Mi futuro suegro bien puede esperar ocho días antes de saber que estoy arruinado. Cada día que pase añadirá un millón á la dote de su hija.... Muy bien: tengo delante un plazo de ocho días; al octavo me saltaré la tapa de los sesos, si no encuentro otro recurso menos incómodo.... Ahora, á vivir.... En ocho días se puede vivir un siglo.... Quiero desquitarme de mi temprana muerte.

Y diciendo y haciendo, tiró de todos los cordones que encontró á la mano, haciendo sonar á la vez todas las campanillas de la casa. Unos por unas puertas y otros por otras, todos los criados de su servidumbre acudieron desalados.

— ¡Ea! (dijo): á vestirme.... El coche, inmediatamente el coche. Mañana una comida de veinticinco cubiertos.

Á los pocos minutos bajó la escalera, derramando alegría, salud y dinero.

Aquel plazo de ocho días le había vuelto la vida.



V.

DEL OTRO MUNDO.

OCHO días pasan pronto, y en medio de las disipaciones del mundo pasan como un soplo.

Elías se despertó aquella mañana con la frente tranquila, la mirada serena y la sonrisa en los labios. Se desperezó con todo el abandono del hombre que ha dormido profundamente, y guiñándose el ojo en señal de secreta inteligencia, y dando á su voz el tono más lúgubre que le fué posible, dijo:

— No hay más remedio que morir.

En seguida se vistió lenta y silenciosamente, sin el auxilio de su ayuda de cámara, pues, decidido á morir, quería amortajarse por sus propias manos. Como se trataba de un viaje, eligió un traje de camino y un buen abrigo forrado